

# ADIOS A GERDA TARO

Temeroso de llegar tarde a la partida del cortejo, subo en la Puerta de Orleans a un taxi.

—No sé si podremos entrar a la rue D'Anjou—me dice el chófer—. Debe de haber mucha gente. Hoy es el entierro de la "pequeña".

París entero sabe que entierran hoy a la "pequeña". Bajo el cielo gris de la mañana destemplada, París entero está conmovido y melancólico. Un poco de su alegría, de su juventud eterna, de su belleza, de su heroísmo, se va de París con Gerda Taro.

—He leído—me dice el chófer—todo lo que se ha escrito sobre ella. ¡Ah!, era una antifascista. Era de las nuestras. Es doloroso. ¡Es doloroso! Ha muerto por España.

Le digo entonces que yo la conocí en Madrid. No puedo callarlo. Siento la necesidad irresistible de hablar con este amigo inesperado de la querida amiga, de la querida camarada desaparecida. Le digo como puedo, un poco atropelladamente, que es difícil expresar con palabras cuánto valía aquella deliciosa muchacha alegre y delicada, raramente hermosa y de un coraje y un temple a cuyo lado tenían tanto que aprender tantos hombres.

Pienso, andando, en el coraje tranquilo de Gerda Taro. Era otra de sus perfecciones. Tenía una risa irresistible de niña, unos dientes perfectos en una boca pequeñísima, una piel dorada al todo por el sol de los campos de batalla y el coraje tranquilo de una perfecta juventud optimista. ¿No habéis visto, amigos, que los jóvenes, los verdaderamente jóvenes, los que tienen toda una vida entera que perder, son los que menos temen perderla? El miedo es un síntoma de decrepitud. El miedo es un paso en el territorio de la muerte. El valor es un atributo gallardo del exceso de vida, como lo es la necesidad de amar y de crear. Gerda Taro, que tenía veinticinco años, no temía a la muerte. Aquí está, en sus fotos, la prueba de su coraje magnífico. Ved, ved esa foto en que los soldados, con la cara metida en la tierra, protegen sus cabezas con las manos nerviosamente apretadas sobre la nuca. Esa foto fué tomada en el preciso instante en que las bombas de la aviación o las granadas de la artillería fascista reventaban entre las líneas leales. Ella, en ese instante terrible, no pensó en su vida, es evidente, sino en su deber. No había ido al frente a esquivar los peligros, sino a documentar la guerra para servir a nuestra causa. Y se mantenía en su puesto.

Vuelvo a hablar del coraje de Gerda Taro. Hay gentes a quienes molesta que se hable del coraje. ¿Pero no es el coraje una hermosura? Se nos permite hablar del talento y de la belleza. ¿Por qué no se nos ha de permitir hablar del coraje, esa hermosura la más hermosa tal vez de la naturaleza humana? Me acuerdo con emoción de la hermosa frente de Gerda Taro, de su cabeza deliciosa, de su risa, de su cordialidad acogedora, del dibujo impecable de su boca, de la alegría con que se incorporaba, con su español vacilante, al coro de cantores de guerra de la "Alianza" en las noches cañoneadas del Madrid heroico. Y me acuerdo también del enorme coraje sin estremecimientos que cabía, uno no se explica cómo, en la plástica delicada y frágil de su cuerpo pequeño.

Confundido ahora en la muchedumbre que constituye el cortejo fúnebre de Gerda Taro, atravieso París hacia el Père Lachaise por estos anchos bulevares flanqueados de ennegrecidas piedras ilustres. Delante nuestro, encabezándonos, los acordes de la marcha fúnebre. Después, el ataúd de Gerda, envuelto en la seda del estandarte rojo de la "Alianza" que hicieron delante de mis ojos, en Madrid, las manos de María Teresa León, de Rosita la miliciona y de Lola la cirujana del Ejército Popular. Luego, las carrozas de flores. Coronas y coronas y ramos de las organizaciones obreras e intelectuales, de las organizaciones antifascistas y antiguerreras, de los partidos populares, de las asociaciones juveniles. Luego, cargadas de brancos de flores, las muchachas de la Unión de Jeunes Filles de France. Y después, nosotros, el pelotón de los escritores antifascistas, los camaradas de la Association des Ecrivains pour la Défense de la Culture. Aragón y Jean-Richard Bloch, Paul Nizan y Tristán Tzara, Moussinac y Pierre Unik, marchan a la cabeza.

París, capital de la belleza, sensible siempre a la hermosura, espera conmovido el paso del prolongado cortejo que ondula pesadamente detrás del ataúd de la "pequeña". En densos grupos expectantes y silenciosos, París aprieta su emoción en las esquinas, se asoma con recogimiento en las ventanucas de los buhardillas, alza el puño a lo largo de las calles y contiene una emoción grandioso en la muchedumbre de la plaza de la República. Veo alzar el puño a obreros y estudiantes, veo mujeres que se signan, veo pañuelos que secan lágrimas furtivas, veo caras que se arrugan en el doloroso rictus del sollozo, veo el homenaje conmovedor de algún rostro de mujer gastado por las noches. Entre esa doble fila emocionada y emocionante, silenciosa, vamos nosotros, silenciosos también, escritores, artistas, obreros, camaradas, detrás del pequeño ataúd de Gerda Taro, la pequeña fotografía de "Ce Soir", la arriesgada amiga de los soldados españoles, la incomparable compañera de la Alianza de Intelectuales de Madrid, la que cantaba con nosotros, en su español vacilante, las hermosas canciones de la guerra.

Cerca de la tumba de Henri Barbusse, florida, entre tumbas ilustres, no lejos del muro glorioso de los Comuneros, descansa el cuerpo de la pequeña Gerda Taro. Allí la dejamos, bajo una primavera multicolor de flores. Nació en Rumania, vivió una radiante juventud laboriosa en París, y murió en Brunete (España), envuelta en un severo clima de heroísmo, de amor a la libertad y de esperanza. Era hermosa, muy joven y valiente. Triplemente hermosa, pues. París lo ha comprendido. París, sensible a la gracia y la sonrisa, aunque brillen entre el hierro y el fuego.

CORDOVA ITURBURU

París, agosto 10 de 1937.